

## educar para la comunidad

• JORGE FOURCADE, S. J.

*Discurso pronunciado en la apertura del año escolar 1964, en el Colegio del Salvador. Creemos que por su significación, trasciende el mero interés local.*

**S**IGUIENDO la venerable tradición de nuestro Colegio, comenzamos hoy las clases del presente curso lectivo con esta lección inaugural.

En nombre de los Superiores, saludo a todo el personal de la Casa, a los alumnos antiguos, a los que se incorporan a nuestras filas, a los padres de familia que confían en nuestra idoneidad, a cada uno de los que constituyen el vivo hogar del Salvador.

La patria, cada año mira esperanzada tantos rostros juveniles queriendo descubrir en ellos a los hombres que en alguna manera guiarán su destino en un futuro no lejano. Dios, espera simplemente que cada uno cumpla con su deber de estado y se realice en la medida de su propio y personal esfuerzo, para su bien y el bien mayor de la comunidad.

El tema de esta clase se inspira en una reciente experiencia que me tocó vivir. Precisamente nos acompañan hoy eminentes personalidades que intervinieron en la realización de tal experiencia.

En la segunda quincena de enero, cuando la mayoría de Uds. descansaba en merecidas vacaciones, se reunía en Qui-

to, Capital del Ecuador, un calificado contingente de educadores católicos de todo el continente americano.

Por los viejos caminos de la historia, llegaban a la tierra de García Moreno representantes del norte, centro y sur de América, hasta de Cuba en el exilio... Más de mil doscientos hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos y laicos.

Con su acervo de tradición, de patria, de infatigable lucha por la libertad; con su destino innegable de respeto a la dignidad del hombre, con sus renovadas inquietudes docentes, los delegados americanos comenzaron el Congreso de educación católico.

Allí, en la muy noble y leal ciudad de San Francisco de Quito, luz de América centro del mundo, a los pies del majestuoso Pichincha, sentimos la intrépida presencia del conquistador Benalcázar y la profunda fe de un pueblo que venera como reina de la niñez y juventud, a la Virgen Dolorosa de nuestro Colegio de San Gabriel.

Nuestra preocupación especial, durante los días de ese Congreso, fueron Uds. queridos alumnos. Los niños y los jóvenes del continente americano. Pensábamos en la tremenda responsabilidad

que caería sobre vuestros hombros dentro de algunos años, viendo el momento tan particular que viven los pueblos, particularmente de latinoamérica. Reflexionábamos sobre datos concretos. Se está produciendo un cambio de estructuras económicas, sociales, religiosas, técnicas, políticas. Nuestra patria sufre ese cambio, ese fenómeno de desarrollo y expansión.

¿Saben ustedes cuántos habitantes tenía América latina en 1960? Unos 206 millones. ¿Qué pasará, de acuerdo a los cálculos estadísticos de crecimiento, dentro de treinta años, cuando todos ustedes sean responsables ciudadanos? Habrá 455.000.000 de habitantes...

Ustedes saben muy bien, porque sin duda en sus hogares se comenta diariamente, que la crisis de crecimiento de América no exceptúa a nuestra patria. Crisis en todos los órdenes. Y una fundamental crisis: individualismo, egoísmo.

¿Se piensa en el prójimo? ¿Se ama al hermano que sufre? ¿Se obra con generosidad y justicia? ¿Hay un sentido responsable de la vida?

Vamos a quedarnos con esta palabra: *Responsabilidad*. Porque éste es el tema al comenzar nuestras clases: *integrarse en la comunidad*. No es un tema nuevo. Es el viejo intento de nuestra educación. Formar hombres capaces para que una vez egresados de nuestras aulas sean op-tos instrumentos cristianos que renueven con criterios rectos las estructuras de nuestra sociedad. Hombres y caballeros cristianos dispuestos a jugarse por Cristo y la glesia, luchando por mantener incólumes los baluartes de nuestro ser nacional. Hombres decididos, de recia personalidad, de voluntad inquebrantable, afirmados en una mentalidad clara, dispuestos al sacrificio. Hombres que piensen en los demás y busquen el bien de la comunidad de la que son parte viva.

Esta responsabilidad que dará a nuestros niños y jóvenes la capacidad de integrarse en la vida cívico-política, está—queridos maestros y profesores— en nuestras manos y también en las vuestras, alumnos.

Se puede educar en la medida en que el alma no obstaculice la posibilidad de un diálogo, de una reflexión. Responsabilidad de los padres de familia que comparte el Colegio en reuniones y comunes invitaciones.

Creemos que el Colegio del Salvador está capacitado para hacer frente a este problema y cuenta con los medios para realizar este programa.

Vamos a ceñirnos a pocas líneas generales de nuestra pedagogía.

El alumno debe lograr el sentido de la responsabilidad en tres aspectos fundamentales: en su formación espiritual y moral; en su formación intelectual y en su formación social.

¿De qué medios se vale el Colegio para que el niño y el joven que asisten a sus aulas se sienta responsable de su propia formación espiritual?

Vamos a responder brevemente: ponemos a disposición del alumno tiempo apto para que a través de las clases de religión, de la dirección espiritual personal, de los ejercicios, retiros y jornadas, de su participación en la liturgia, de las asociaciones apostólicas, vaya descubriendo dos cosas importantes: Los dones con que Dios lo ha dotado y en cuya medida será exigido, y a faz de Cristo que dará sentido a su vida.

Pero el educando sabe que esta labor de crecimiento interior, este nacimiento a la vida espiritual, es un trabajo personal, suyo, propio. Frente a este trabajo puede adoptar dos posiciones: ser un espectador pasivo o asumir responsablemente el mensaje de Cristo, conquistar su fe, ser cristiano de verdad. El problema de la Gracia de Dios que espera y la libertad del hombre que puede resistirla. Nosotros pretendemos que los alumnos capten lo valioso de este tiempo que Dios les brinda para lograrse y realizarse en bien de los hombres y trabajando por el Reino de Cristo.

Estos son los años más hermosos de la vida, los más aptos para que suavemente, como lluvia mansa, penetre en los corazones, en la voluntad y en las inteligencias infantiles y juveniles toda

la fuerza de la vida interior. Vida interior que orienta y establece una nítida escala de valores que gobernarán luego toda la existencia. Una moral basada en la ley de Dios que nos hace marchar por límpidos senderos de grandeza. Una religión que no se divorcia de la vida. Una liturgia que da sentido a nuestro contacto personal con quien es fuente de Vida, de Luz y de Amor.

Esta vida interior que todos pueden y deben lograr, tiene que abrirse camino en cada alma, luchando contra el individualismo egoísta. Este es el sentido del mensaje de Cristo.

Amar, en términos cristianos, es olvidarse de sí para pensar en los demás. El hombre que pretendiera una perfección espiritual y construyera un castillo interior sin proyecciones y sin irradiación hacia los otros, hacia el hermano, hacia los hombres, habría caído en el más peligroso egoísmo: vivir para sí.

Nuestros alumnos saben que la formación espiritual del Salvador, que es la formación católica, la formación de la Iglesia, pretende preparar cristianos con un sentido de presente y de futuro. De presente, porque el testimonio actual de cada alumno debe ser ya una garantía de su futuro. De porvenir, porque debe estar viviendo prendido de ideales grandes que un día realizará, venciendo todos los obstáculos.

Bien se ha dicho que los hombres no son islas. No somos seres aislados sino seres sociales. No habrá verdadera vida interior si ésta no se refleja en el apostolado, en la ayuda al prójimo, en la preocupación por los demás.

El segundo aspecto de la responsabilidad que nos integra en la comunidad es nuestra formación intelectual. Desde primaria a secundaria. Desde el pequeño de seis años, que quizás no entienda todo esto, hasta el joven que comienza a cursar su último año de bachillerato.

Lo hemos dicho repetidas veces. No se forma para la sociedad, para ser apto miembro de la ciudad, el estudiante que olvida su deber de estado. Su deber de estado, su única obligación fundamental,

es el estudio. Hay que estudiar para cultivar la inteligencia, para habituar a la voluntad, para despertar las inquietudes del alma, para no defraudar tantas esperanzas, para no ser una carga de los demás. Estudiar reflexionando que es aprender a estudiar.

En primaria, gracias a las exigencias del P. Prefecto y su excelente equipo de maestros, se ha restaurado una dosificada emulación a través de las viejas fórmulas de Roma y Cartago y es una realidad promisorio el curso bilingüe. En secundaria, los adolescentes se encuentran con mayores posibilidades que responden a su edad. La concentración de materias, las Academias literarias y científicas, el sistema de concursos, las dignidades de clase, las concertaciones privadas y públicas, los actos académicos, círculos de estudios, cine-debate para los mayores, etc.

El Salvador tiene una respuesta adecuada a los valores humanos que ya apuntan hacia su vocación futura y el joven de secundaria sabe que tiene amplias posibilidades de realización en el orden de la inteligencia y de su capacitación para afrontar con éxito la vida.

Vamos a insistir en el último aspecto. ¿Cómo lograr el sentido de responsabilidad para insertarse adecuadamente en la comunidad a través de la formación social?

¿De qué medios se vale el Colegio para que el alumno se sienta integrado en la gran familia del Salvador y viviendo esta pequeña experiencia pueda el día de mañana ser un hombre ampliamente dotado para ser eficiente miembro de la sociedad de la patria, del mundo?

El primer lugar citemos los cargos, las dignidades de brigada, los celadores de clases, los encargados de deportes, las diversas comisiones de alumnos que nos ayudan en el Colegio, los que arreglan el salón de actos y controlan tantos aspectos de la vida escolar, incluso el simple cargo de jefes de fila. Sería largo enumerar todo lo que el alumnado hace en el Colegio y me es grato hacer mención de ello porque entendemos que es una



de las formas más prácticas de hacer que el alumno se sienta en su propia casa y ame su Colegio. Ame y quiera cuidarlo. Se preocupe por ser urbano, delicado, cuidadoso. El sabe que sus padres, con grandes sacrificios, nos ayudan a costear tantos gastos de reparaciones, construcciones, comodidades para todos. Se me ocurre que no está de más insistir hoy en que esperamos esa actitud de todo el alumnado: cuidar esta vieja casa como su propio hogar.

En segundo lugar, dentro de esta formación social, reflexionemos acerca de la tradicional disciplina. La disciplina como medio educativo, como un medio de formación del carácter, como un medio de formación social.

¿Cuál es el sentido del orden, del silencio, de la compostura, de las actitudes controladas, del comportamiento caballeresco, de la puntualidad, de la medida, de la delicadeza en el trato, de las filas, de guardar cada uno su puesto, de vestir correctamente su uniforme, de presentarse diariamente limpio y aseado, de no levantar la voz innecesariamente, de observar el reglamento interno? Todo esto no tiene sentido si se cumple por temor. No tiene sentido si pesa la vigilancia. No tiene sentido si se espera la oportunidad para extralimitarse. No tiene sentido si la obediencia es servil.

En cambio, todo tiene sentido si la finalidad es social, comunitaria. Guardo silencio para no estorbar a los demás. Soy puntual para no interrumpir. Cuido el bien ajeno por dignidad y por respeto al prójimo. Evito las groserías porque hieren la delicadeza de mis compañeros.

Cumplo con lo mandado porque voluntariamente quiero y amo todo lo que mis padres y mis superiores inteligentemente piensan que es mi bien.

Obedezco no por temor al castigo sino porque acepto personalmente las responsabilidades. Me ajusto a este ritmo porque estoy convencido que de solamente así lograré ser un hombre capaz y apto para la vida.

De esta manera el Colegio puede exi-

gir un alto nivel en sus filas; un nivel de estudios, de espiritualidad, de adaptación a las normas colegiales. Puede exigir todo ello porque cuenta con el respaldo de los padres de familia, porque no está inventando nada sino aplicando los eternos principios de la pedagogía y la educación.

Sería interesante hablar alguna vez de lo permanente y de lo accidental en nuestra vida de Colegio. La formación espiritual, intelectual y social que pretendemos no se asienta sobre bases mudables. Se asienta sobre sólidos principios y estos principios son los que harán de nuestros alumnos hombres conscientes, dueños y maestros de sí mismos, cultos, delicados.

Estos principios harán de nuestros educandos seres virilmente independientes y personales. Podrá cambiar la disposición de las aulas, o el color de los pizarrones. Lo importante es que siempre será necesario insistir en la formación de los hábitos para mover a voluntad, para iluminar la inteligencia, para gobernar el corazón, para templar el carácter. Estos principios de educación no cambian jamás, porque hacen a la esencia del hombre, ser inteligente, racional y libre.

Nos interesa formar hombres, no autómatas. Y esto se logrará en la medida en que el sentimiento de la personalidad y de la responsabilidad se conviertan en realidades. Para nosotros el niño o el joven no son un medio para el éxito de nuestra empresa. Creemos en el ser personal de cada alumno. Creemos que es alguien o que llegará a ser alguien y para ello todos —directivos, padres espirituales, docentes— procuramos conocer las potencialidades de cada alma a fin de que orientado, pueda cada uno realizarse guiado por la experta y veterana dirección de los mayores.

Alumnos:

En estas reflexiones hemos basado nuestro trabajo en el Congreso de Quito. Tratar de ver cómo nuestros alumnos se adecuaban acertadamente en sus estudios primarios y secundarios para ser respon-

sables el día de mañana en la sociedad donde les toque actuar.

Por supuesto no hemos olvidado el hogar. Al contrario, hemos pensado que esa es la primera escuela social del niño. Que allí debe comenzar lo que el colegio va a continuar apoyando después: una apertura hacia la comprensión de los hombres para convivir con ellos. El hogar es el primer educador del niño en este aspecto cívico-político. La unión, el sentido de autoridad, el respeto mutuo, la fraternal convivencia, los sacrificios para desterrar todo egoísmo, las conversaciones reposadas para entender el momento que se vive, la discusión y el diálogo para abrir horizontes, la exigencia del cumplimiento de normas básicas de orden, el cuidado de las cosas comunes, la vida orientada por principios sólidos, la responsabilidad de los mayores y su ejemplo constante de rectitud... todo esto y mucho más, hacen madurar las almas y las orientan positivamente hacia la generosidad y las alejan de todo egoísmo, del convencionalismo, de la vida doble, de las falsedades, de las trampas, de los engaños.

En el hogar se ha de inculcar un estricto sentido de justicia y de equidad, como guías de la vida. Respeto al bien ajeno, contar con el derecho de los demás, incluso en los juegos y deportes, en los recreos, en las excursiones, en los campamentos. De esta base familiar parte la labor complementaria del Colegio para insistir en las virtudes sociales del alumno. Ha de entender desde temprana edad que la fortuna, la inteligencia, la distinción, cualquier superioridad tienen siempre una función social y que gozar de las ventajas de una manera egoísta es caer en el individualismo, que no se acuerda del prójimo. Y esto es contrario a todo espíritu cristiano.

Quien más ha recibido dará mayores cuentas ante Dios. Somos administradores de los dones que el mismo Dios ha repartido. Esto tiene una exigencia de darse, de volcarse, de irradiar, de brindar lo que se tiene. El joven que se cierra, se aísla y tan solo busca su bien,

será un despreocupado egoísta y un ser no realizado en lo humano y menos en lo cristiano.

Precisamente, suponiendo esta orientación del hogar y con los medios que brinda el Colegio, pueden y deben nuestros alumnos prepararse responsablemente para asumir el porvenir puesto esperanzadamente en sus manos.

La sociedad es un intercambio de servicios. Servir a Dios es finalidad de nuestra vida y servir al prójimo ha de ser no sólo lema sino constante preocupación. Integrarse en la comunidad es aprender a vivir sirviendo a los demás. Y este afán de hacer bien, de no estorbar, de abrirse a una entrega generosa al trabajo cotidiano, es lo que hará florecer la personalidad.

Ser alguien. Ser una personalidad. ¿Qué significa? Irradiar las riquezas interiores hacia el ambiente en que se vive, hacia los demás. Actitud totalmente contraria al egoísmo.

Queremos en el Colegio destacar este aspecto de nuestra formación. Precisamente porque quisiéramos que ninguno de nuestros egresados sea hombre-masa. Hombre-masa es quien carece de ese manantial de la propia convicción, que la auténtica persona lleva en su alma para saciar a otras almas.

No queremos un Colegio-masa. Donde el ambiente esté constituido por un conjunto arrastrado por la sugestión, el contagio, el temor, la irreflexión.

Nos interesa el valor de cada persona y ese es nuestro arduo intento, como ha de serlo el de cualquier tipo de educación que pretenda formar hombres.

Por eso el Colegio pretende constituir una comunidad. La comunidad nace de la naturaleza social del hombre y es el ámbito donde éste puede desarrollarse con perfección.

Pero no habrá comunidad sin solidaridad de sus miembros, sin comprensión y sin amor. Habrá una organización fría, de individuos. La comunidad hace sentirse responsables a sus miembros, justamente porque tratan de entenderse.

Sociedad y persona se necesitan mu-

tuamente. La verdadera sociedad ayuda a ser personal y las personalidades no se realizan sino en verdadera comunidad de ideales, de esfuerzos y sacrificios.

Insistimos en estos aspectos, para destacar las líneas fundamentales de esta lección inaugural. Solamente prepararemos acertadamente a nuestros jóvenes para ser eficientes argentinos, en la medida en que armónicamente los hogares y el Colegio hagan vivir estas experiencias comunitarias, basadas en la personal responsabilidad en cada uno, aun en las pequeñas cosas de todos los días.

No se asiste al Colegio, queridos alumnos, para dar una lección, hacer una carpeta, organizar un paseo, estudiar o escribir. Ni damos una lección, dibujamos un mapa, hacemos gimnasia o practicamos deportes para que nos digan si está bien o mal. Todo esto se hace porque los responsables de la educación quieren ayudarlos a realizarse, a formarse, a capacitarse. Pero no capacitarse para pasar de curso u obtener un título. Sino para formarlos, educarlos, ayudarlos, exigirles a fin de que habituando la voluntad, templando el carácter, conviviendo con los demás, respetando los derechos del prójimo, vayan construyendo su personalidad. Pero no sólo una personalidad lograda en lo humano, con sus virtudes y sus modales urbanos y correctos. Pretendemos más todavía: lograr hombres cristianos, católicos de veras, convencidos de su fe, de su adhesión personal a Cristo.

Hombres preocupados por el prójimo, por sus necesidades, ansiosos de hacer bien, de emprender un apostolado, de militar en la Iglesia.

Hombres que conozcan y amen a su Patria, sus tradiciones, sus héroes, los grandes hombres que escribieron con su sangre cada página de nuestra epopeya nacional.

Hombres personales, que al escribir sean originales, al hablar expresen sus ideas, al actuar muestren estar convencidos de la verdad que viven.

Estas eran algunas de las ideas que nos pareció preocuparon más a los educado-

res reunidos en Ecuador. Que nuestros alumnos se prepararan conscientemente para ser útiles miembros de la sociedad civil en la cual actúan y a la que deberán servir con todas sus fuerzas a medida que maduren sus posibilidades. Pero preocuparse desde ahora. Si en cada hogar y en el Colegio, nuestros niños y jóvenes se esfuerzan por desterrar todo egoísmo, todo individualismo, tendremos un magnífico campo de trabajo: procurar todos —docentes y educandos— que el Salvador sea una verdadera comunidad e integrarnos en ella con cariño, con afecto, con sinceridad, con fidelidad.

Sabiendo que lo importante es afrontar cada uno su responsabilidad personal en el cumplimiento fiel de sus obligaciones.

Señores Maestros y Profesores: tenemos por delante un año de intenso trabajo, de trabajo profundo y serio, de trabajo metódico, arduo y difícil. El Colegio sabe que cuenta con el alto espíritu de sacrificio vocacional por la docencia que siempre han demostrado y les ofrece un amplio campo de actuación.

Padres de familia: Esta Casa comienza su ritmo, segura de que todos ustedes mantendrán en sus hogares una disciplinada exigencia a fin de que ambas instituciones aunada y coordinadamente logren el fin que se han propuesto: educar cristianamente a este promisor plantel de niños y jóvenes.

Alumnos:

Uds. tienen la palabra. A Uds. les toca responder generosamente a tantos esfuerzos y sacrificios. Cuando las normas colegiales o el control familiar parezcan exigirles demasiado, piensen y reflexionen un instante. Sin esfuerzos, sin luchas, sin dolor, no se templan los caracteres, no se forman los hombres. Y en la medida en que se exijan a sí mismos, en la medida en que no caigan en la ley del menor esfuerzo, mientras no se dejen arrastrar, irán forjando una vigorosa personalidad y se irán capacitando para ser hombres de bien.

Que Dios bendiga estos ideales y la Patria se sienta orgullosa de tales hijos. ♦